



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO V.

SÁBADO 1.º DE FEBRERO DE 1873.

NÚM. 118.

LA LUZ.

Cuando contemplábamos la inmensa reunion congregada en el teatro de la Opera, para manifestar, más que otra cosa, su gratitud al Gobierno de la nacion, por la abolicion de la esclavitud en Puerto-Rico, admirábamos con profundo estasis y con profundo recogimiento el poder incontrastable de las ideas. La idea iniciada por los varones de Cádiz, recibia en parte digno y final coronamiento. Todavía es consolador ver, que, en medio del profundo rebajamiento de carácter que es signo distintivo de nuestra decadencia, hay más de cuatro mil personas que se asocian con sus gritos, con sus exclamaciones, con su entusiasmo, á una idea justa y humanitaria. Los esclavos de Cuba, pueden estar ciertos de su libertad más ó menos pronta; pero siempre segura. El pueblo se ha apoderado de su causa y la ha hecho suya. *In hoc signo vinces.*

¡Cómo nos acordábamos en aquellos instantes de los verdaderos negreros que son pocos, y de los supuestos que son más! ¡Cómo nos acordábamos de los que esconden un fin de partido á la sombra de esta cuestion! ¡Y qué pequeños nos parecían! Nos parecia odioso y mezquino hasta el desprecio, esconder tras el honrado sentimiento de patria, rencillas de partido, agravios palaciegos, ambiciones bastardas, ódios estrechos y miserables. En el recogimiento de nuestro corazon nos parecia ver surgir de entre las verdes olas del Océano, la poética Isla de Cuba recostada sobre ellas como una sultana recostada sobre su divan de plumas; nos parecia ver sus comerciantes, sus navieros, sus criollos, sus peninsu-



EL BUEN PASTOR.

lares, sus chinos y sus trabajadores libres; nos parecia oír el canto de alegría de todos y nos decíamos: «Esta tierra es feliz.» Pero luego llegó á nuestros oídos un chasquido que parecia el de un látigo, y un gemido que parecia el de un hombre y nos decíamos: «¡Ah! hay seres que no van y vienen, que no hacen lo que quieren, que trabajan siempre, que llevan golpes como

las bestias de carga.» Aquí hay una perturbacion de la naturaleza. «Esta tierra no puede ser feliz» y no lo es en efecto.

¡La patria, la patria! Va á perder la madre patria su último florón en las Antillas si no nace la emancipacion con mesura y prudencia. ¡Qué pantalla tan mezquina son estas palabras! Pero ya, por fortuna, ni siquiera engañan á nadie. Se están repitiendo, hace cincuenta años; y si se hubiera de hacer caso de esa mesura y de esa prudencia tan encomiadas, ya teníamos esclavitud para un par de siglos. Cuando se hacen las revoluciones desde el gobierno hay siempre que temer pocos ó ningunos trastornos. Lomalo es, cuando se deja hacer la revolucion á aquellos que sienten el yugo de la tiranía. Entonces son los desbordamientos y entonces son las catástrofes. Es muy creible que la guerra de Cuba estuviera terminada si la abolicion se hubiera hecho ya allí.

De todas suertes, contentémonos con lo que se va á hacer. Un ejército de seres humanos, treinta y un mil, ván á ser reintegrados en la personalidad. Desde el día de su libertad serán como los otros hombres. Podrán trabajar para sí, ahorrar, hacer un peculio, casarse, amar, vivir en toda la radiante plenitud de la palabra. No habrá señores para ellos, sino nuestro Padre que está en los cielos. No habrá señores ni siervos, habrá hombres. El ser blanco no será un título de monopolio, ni el ser negro una patente de esclavitud.

Creemos que el proyecto de abolicion en Puerto-Rico llegará á sazón, sean cualesquiera las oposiciones que encuentre; pero si no llegara por los conservadores, por la nobleza, por

los negreros ó por quien fuere; ¡caiga la maldición de Dios sobre el tratante en carne humana, sobre el verdugo de sus hermanos, sobre el deshonorador de España y de la humanidad, que es causa de que vivan treinta y un mil seres en la degradación de las bestias y en el oprobio y en la desesperación de las cadenas!

EL MEETING ABOLICIONISTA DEL TEATRO DE LA ÓPERA.

El jueves 23 del pasado tuvo lugar, como la mayoría de nuestros lectores saben, el *meeting* en favor de las reformas de Ultramar, que fué una verdadera solemnidad abolicionista. Tratábase en algún modo de dar un voto de gracias al Gobierno por su proyecto encaminado á dar la libertad á treinta y un mil desgraciados, y la reunión llenó completamente su objeto. Desde mucho antes de abrirse la sesión el teatro estaba enteramente lleno. Muchísimas señoras de esas que han seguido con tanto afán como interés el curso de los trabajos de la Sociedad Abolicionista, llenaban los palcos y muchas localidades. En el escenario, á más de la Junta directiva que presidía el acto con su presidente el Sr. Castro, que dirigió la sesión, había numerosos representantes de la prensa y comisiones de la Tertulia progresista-democrática y del Casino republicano. Por fin, en medio de la ansiedad general abrióse la sesión con un discurso del señor Castro.

Por espacio de muchos años hemos estado escuchando la palabra grave y hasta solemne del señor Castro, y aquel día le encontramos como siempre. Y esto es lo que á nuestro modo de ver constituye su defecto. Necesítase en ciertas reuniones calor, entusiasmo y pasión, y mucho más tratándose de ideas tan altas de justicia y de derecho natural como las que entrañaba la reunión de aquel día. Cierito es que no puede pedirse á cada carácter más que lo que en si tiene; pero también es cierto que se necesitaba algo más delante de aquellas tres mil personas ávidas de aplaudir y de conmoverse, que aquel acento que no tenía ni un tono ni una nota más que la que tiene en la clase todos los días. Estamos seguros que el Sr. D. Fernando de Castro estaba conmovido: lo que le faltó fué patentizar aquella conmoción. Dijo, y creemos no engañarnos, si manifestamos que se lo hemos oído en todos los *meetings* que ha presidido, que los oradores iban á hablar con mesura, con prudencia y con circunspección, y afortunadamente los oradores no le hicieron caso en esto. A haberle escuchado, ¿hubiere el público oído los apóstrofes del Sr. Carrasco, los rasgos del Sr. Labra y los chistes y las gracias tan llenas de intención del Sr. Rodríguez? No por cierto. Por lo demás, el Sr. Castro, prescindiendo del tono didáctico que no puede perder en ningún sitio y tan poco á propósito para ciertas reuniones populares, habló con profundo sentido generoso y humanitario. Dió las gracias al Gobierno por el pensamiento de la abolición de la esclavitud en Puerto-Rico; dijo que en tres momentos había sido España grande, en tres épocas de nuestra historia; en Guadalete, en Otumba y en Bailén, y que lo sería cuando decretara la abolición definitiva de la esclavitud: hizo una reseña de lo que había trabajado en este asunto, sin fatigarse y sin desalentarse jamás, la Sociedad Abolicionista, y se dolió del giro de partido que á esta cuestión se daba, cuando es puramente de justicia y de humanidad. Terminó dando las gracias á todos los que habían hecho algo en favor de la abolición, al Sr. Castelar por su discurso, y hasta al Sr. Blanc por su obra dramática *Romper cadenas*.

Tocó el turno al Sr. Carrasco. Ciertamente no somos nosotros los llamados á juzgarle como orador, porque la amistad que á él nos une nos haría pecar de benévolo. Pero como quiera que nos preciamos de imparciales, diremos de él lo que

creemos, aunque no haya nada más difícil que juzgar á un amigo.

Sus facultades son más de raciocinio que de fantasía; tiene más razón que imaginación. Así es que expone mejor que pinta, y analiza mejor que colora. Esto no quiere decir que esté desprovisto en absoluto de facultades imaginativas, nada de eso. Su discurso fué una prueba de lo contrario. Tuvo rasgos felices y de verdadera inspiración en algunos momentos, lo que prueba que tenía el calor y el entusiasmo propio de aquel sitio, lo que faltó al Sr. Castro. Supo mezclar el Sr. Carrasco á más el chiste con la gravedad, *útile dulcé*, y supo hacer sonreír después de haber hecho indignarse y conmoverse. Su invocación á la libertad, que á pesar de que recordaba otra ya célebre, no fué por eso menos aplaudida, fué literaria y bella, y su última á los mártires y á los obreros de la abolición, si podemos hablar así, fué sobremana grandilocuente y elevada. Fué sin duda el trozo más elocuente que se pronunció en toda la sesión. El discurso del Sr. Carrasco, encaminado en gran parte á combatir la Liga, llenó su objeto. Dijo que los esclavos de Puerto-Rico no eran más que una pequeña parte de aquellos á quienes debe darse la libertad; que si los conservadores querían la integridad de la patria, los abolicionistas también la querían, queriendo á más la integridad del género humano; hizo una reseña histórica de lo que habían hecho los que se llaman abolicionistas graduales, que no quieren más que conservar sus intereses á la sombra de una abolición que nunca llega, y terminó dando las gracias á la Sociedad abolicionista por lo que había hecho y por lo que esperaba que hiciera aún. El entusiasmo del público al final fué grande y se manifestó en aplausos atronadores.

El Sr. Labra, que habló enseguida, habló como siempre; con facilidad, con elegancia y más aún, con elocuencia. Quizá ocupado en hablar y en escribir siempre de este género de cuestiones, abusa algo de su erudición colonial, si se nos permite esta frase; pero esta fué una ligera sombra en aquel excelente discurso. Destruyó la idea de que debe detenerse la abolición á causa de los intereses creados; dijo que algunos de los que más gritan en contra de las reformas de Ultramar, merecerían quizá ver estampados sus nombres en la *Gaceta de la Habana* al lado de los defraudadores de la Hacienda, y que el retrato de algunos otros merecía estar en el salón de piratas del almirantazgo de Londres; habló de la imposición extranjera, y manifestó con ejemplos históricos, que solo impelidos por ella hemos hecho algunas cosas justas en algunas ocasiones, y terminó diciendo que los que tanto hablan de integridad, son los que más hablan de rebelión cuando se trata de la abolición. No le faltaron tampoco los aplausos al Sr. Labra.

El Sr. Bautista Alonso excitado á decir algunas palabras, manifestó que meditaría la cuestión y que decretada en su conciencia la abolición cumpliría como senador con su deber.

El Sr. D. Gabriel Rodríguez ocupó enseguida la tribuna. S. S. no es orador en el sentido riguroso de la palabra; pero dice con tanta facilidad y con tanto gracejo al propio tiempo, que encanta y cautiva. Dar una idea de los graciosos epigramas que salieron de sus labios contra los conservadores y contra la Liga, sería imposible. Dijo que debía empezar á cumplimentarse la ley desde el momento en que se publicara en la *Gaceta de Madrid*; que él era amigo de la indemnización, no en sentido de que debiera dárseles á los propietarios lo que en rigor no se les debía, sino en sentido de que el dinero de la indemnización disminuyera la crisis; negó que se hiciera con precipitación la reforma; deshizo el cargo de ideólogos y utopistas que hacen los conservadores y los negreros á los abolicionistas; explicó en breves palabras lo que es el verdadero patriotismo, que no debe nunca anteponerse al bien ni á la justicia, y concluyó abrigando la esperanza de que la primera sesión pública que celebre la Sociedad Abolicionista, sea para decir que ya no hay esclavos en España.

El *meeting*, en resumen, ha sido uno de los más notables que la Sociedad abolicionista ha llevado á cabo. Toda la prensa ha hablado de él, quién en favor, quién en contra. Sólo al *Imparcial*, periódico progresista-democrático, por mal nombre sin duda, le ha cabido la triste gloria de no decir nada de él y encerrar la noticia de que se había verificado, en dos renglones, y en una de las últimas planas. ¡Llor á los abolicionistas radicales graduales, como decía el Sr. Rodríguez!

A. SANCHEZ DEL REAL.

EL EVANGELIO Y EL CATOLICISMO ROMANO, con textos del Nuevo Testamento, según la traducción del Padre Felipe Scio.

UNA INSTRUCCION PARA TODOS LOS QUE BUSCAN LA VERDAD
SALVADORA.

Este escrito no es para todos. Para los infieles será un objeto de burla y de desprecio. Para la gente ligera será demasiado serio; á los indiferentes les parecerá demasiado pesada la materia: ha sido escrito solamente para los que buscan con sincero celo su salvación. Su objeto es hacer amar la sencilla y sincera verdad del Evangelio primitivo; la verdad salvadora que ha anunciado el Hijo de Dios, nuestro Redentor, y que han explicado sus santos Apóstoles. ¡Ojalá sea para muchos una guía en su camino al cielo!

CAPITULO PRIMERO.

LA FUENTE DEL CONOCIMIENTO DE LA VERDAD DIVINA.

La Santa Escritura es la única é infalible fuente de la verdad revelada por Dios para nuestra salvación y la regla segura de la fé y de la vida. Para este objeto es inteligible y está completa; el cristiano tiene el sagrado deber de aprovecharse de este medio divino para obtener su salvación.

Abusos y errores de la Iglesia romana:

1.º Está prohibido y vedado á los laicos en la Iglesia romana el libre uso de la Biblia bajo el pretexto de que es oscura, incompleta y dá lugar á equivocaciones por parte de los ignorantes; así, que la lectura de ella hace más daño que provecho, y es peligrosa para la salud del alma.

La verdadera razón para esta prohibición está más bien en el temor de que los laicos puedan llegar á entender que las doctrinas y costumbres de la Iglesia son contradictorias á la Sagrada Escritura.

Timoteo III, 15-12. Desde la niñez aprendiste las sagradas letras que te pueden hacer sabio para la salud por la fé que es en Jesucristo. Toda escritura divinamente inspirada es útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, para que el hombre de Dios sea perfecto y esté prevenido para toda obra buena.

San Juan, v, 39. Escudriñad en las Escrituras, en las que vosotros creéis tener la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí.

Observación. El apóstol San Pablo ha escrito una carta á los Romanos. Claro está que los romanos deben leerla. No la ha escrito al clero romano sino á la congregación y á cada cristiano; porque cuando él escribió no existían todavía sacerdotes romanos, como se puede ver en el último capítulo de esta epístola, y en el último capítulo de los *Hechos de los Apóstoles*. Lo mismo sucede con las otras epístolas.

Colosenses, IV, 16. Y leída que fuera esta carta entre vosotros, hacédla leer también en la iglesia de los Laodicenses, y leed vosotros la de Laodicea.

1.ª Thessalonicenses, v, 28. Conjuroos por el Señor que se lea esta carta é todos los santos hermanos.

Según estos encargos del Hijo de Dios y de su santo apóstol, ningún cristiano debe entibiarse por amenazas de ningún género, ó desistir de la lectura de la palabra de Dios y de la investigación

estudiosa de ella. Porque cada uno morirá por su propia maldad. ¿Qué pueden hacerse los hombres?

2.º La Iglesia romana, desde el Concilio Tridentino, cuenta también los libros *apócrifos* entre las Escrituras Sagradas.

Refutación. 1.ª En la antigua Iglesia cristiana, estos libros no han tenido esta autoridad y estima eclesiásticas. Es una innovación introducida en el siglo XVI en el Concilio de Trento. 2.ª El origen de estos libros es dudoso y oscuro. 3.ª Contienen noticias mentiras é invenciones.

Tobías, vi, 9. Si pones un pedazo del corazón del pez en carbones candentes, tal humo expelle los malos espíritus de hombres y mujeres, que pueden seguir haciendo daño.

4.ª En tiempo de Cristo y de los apóstoles no fueron considerados como parte de las Sagradas Escrituras, y nunca están citados en el Nuevo Testamento.

5.ª No contienen nada de Cristo.

3.º La Iglesia romana considera también, además de la palabra de Dios, la *tradición* como fuente del conocimiento de la verdad divina; quiere decir, las tradiciones no escritas que han sido recibidas por los apóstoles de la boca de Cristo, ó que por los mismos apóstoles, bajo la inspiración del Espíritu Santo, han sido entregados de mano á mano, por decirlo así, hasta nuestros tiempos.

Gracias á esta doctrina de la tradición, han sido traducidos de siglo en siglo, poco á poco, más adiciones, errores y abusos. De esta manera, la antigua, pura y original doctrina del Santo Evangelio, fué cubierta y desalojada de tal manera, que apenas la sencilla verdad salvadora se deja conocer y hallar. Por eso es el sagrado deber de cada cristiano volver á la pura fuente de la verdad revelada por Dios, y separar las adiciones heterogéneas como otros tantos impedimentos y oscurecimientos del conocimiento de la verdad.

Refutación de la doctrina de la tradición. Es preciso derribar esta doctrina romana, no en el sentido de que no se acepta con buena voluntad y agradecimiento todo lo bueno que ha producido y legado la historia, ó que el desenvolvimiento y el exacto exámen de la doctrina cristiana ha traído á la luz, sino en el sentido de que la tradición deba ser aceptada como segura fuente del conocimiento de la verdad, y con igual autoridad que la palabra de Dios. La tradición ha de someterse á la Sagrada Escritura, y todo lo que contradice á la Sagrada Escritura debe ser desechado.

Razones. 1.ª Esta fuente tiene muy poca seguridad, porque no se sabe lo que ha sido comunicado verbalmente por Cristo y los apóstoles fuera de la palabra escrita. Si se hubiera recogido esto ya en el primero ó segundo siglo, examinándolo exactamente cuando los discípulos de los apóstoles vivían aún, como hallamos algunas de estas noticias en Eusebio, el historiógrafo de la Iglesia, entonces tendríamos á lo menos alguna seguridad. Pero eso no se ha hecho. Al contrario, en los primeros siglos de la Iglesia cristiana se consideraba como *tradición de la doctrina* de los apóstoles la *regla de fe escrita* que ha sido entregada á las iglesias fundadas por los apóstoles, por un obispo al otro con perfecta conformidad. Esta regla de fe universalmente conocida se opuso á la pretendida doctrina misteriosa de los que enseñaban una doctrina falsa, y pretendían que aquella también tenía su origen en los apóstoles. Ahora la Iglesia romana lo hace al revés, sometiendo la palabra de Dios á la tradición verbal, más tarde fijada por escrito.

2.ª No hay duda de que se ha abusado de esta doctrina para dar más sólido fundamento á doctrinas y usos que no han existido en la Iglesia antigua. Se dice, sin embargo, que solamente es tradición verdadera lo que ha sido creído siempre, en todas partes y por todos; pero nunca se ha obrado conforme con esta regla. Para conseguir, v. g., la doctrina de la infalibilidad del Papa, se desprecia la resistencia de los obispos más importantes, doctos y distinguidos.

3.ª ¿Quién ha de decir lo que es de Divina tra-

dición ó inspiración del Espíritu Santo? ¿Quién separa lo falso de lo verdadero? Antes se encomendaba este asunto á los concilios; hoy día el Papa infalible lo ha tomado sobre sí. Pero entonces nuestra fe sería una fe en el Papa y no en Dios y en su revelación.

4.ª La palabra de Dios es segura, escrita, firme, valedera, que está por encima de todo cambio y de las vacilaciones del espíritu de los tiempos. Por haberse prohibido á las naciones católicas esta lectura por espacio de más de mil años, es decir, más de treinta generaciones, ha podido suceder que Italia, Austria, Francia y España hayan caído en una tan grande ignorancia religiosa y superstición.

De consiguiente, *ninguna variación!* Así lo quiere el apóstol Pablo.

Gálatas, i, 6, 9. Me maravillo, cómo así tan de ligero os pasáis de aquel que os llamó á la gracia de Cristo á otro Evangelio, porque no hay otro; sino que hay algunos que os perturban y quieren trastornar el Evangelio de Cristo. Más aún; cuando nosotros ó un ángel del cielo os evangeliza fuera de lo que nosotros os hemos evangelizado, sea anatema. Así como antes lo dijimos ahora también de nuevo lo digo: si alguno os predicare fuera de lo que habeis recibido, sea anatema.

Observación. Se habla del mismo Evangelio del santo apóstol, consignado en sus cartas á los Gálatas, Romanos, etc., por escrito.

San Juan, xx, 30, 31. Otros muchos milagros hizo también Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. Más estos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo tengais vida en su nombre.

Pero tampoco ninguna adición! Se lee al final de la Biblia.

Apocal. xxii, 18, 19. Porque protesto á todo el que oye las palabras de la profecía de este libro, que si alguno añadiere á ellas alguna cosa, pondrá Dios sobre él las plagas que están escritas en este libro; y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, quitará Dios su parte del libro de la vida y de la ciudad santa, y de las cosas que están escritas en este libro.

Deuter. iv, 2. No añadiréis á la palabra que os hablo, ni quitareis de ella; guardad los mandamientos del Señor Dios vuestro, que yo os intimo.

Prov. xxx, 5, 6. Toda la palabra de Dios encendida como fuego, escudo es para los que esperan en él. No añadas palabra alguna á las palabras de él, porque no seas reprendido y hablado mentiroso.

Gálatas, v, 7, 10. Vosotros corráis: ¿quién os ha impedido el no obedecer á la verdad? Esta persuasión no es de aquel que os llama. Un poco de levadura aceda toda la masa. Y confío de vosotros en el Señor, que no sentireis otra cosa: mas el que nos inquieta, quien quiera que él sea, llevará sobre sí la condenación.

Deuter. iii, 6, 9. Josué, i, 8. Salmo cxxix, especialmente vers. 18, 105. Isaías, xxxiv, 16. 2.ª San Pedro, i, 19, 24.

EL VALOR DE LA FÉ.

¿Qué cosa tan vil es el temor!

Perturba, trastorna, mata.

En la vida es una cosa mezquina; pero en la religión es una cosa despreciable.

¿Le conocieron aquellos cristianos de los que algunos emperadores romanos decían que no querían entregarles á la muerte porque la muerte era un triunfo para ellos?

Si le hubieran conocido, no hubieran sido mártires.

Perdían su hacienda y su vida, y decían alegremente al morir: «Venzo en el Señor.»

Aquellos hombres, *de que el mundo no era digno*, permanecían firmes porque creían en las promesas del Señor, y contemplaban en sus últimos instantes á Jesús, coronado de gloria y de honor.

Creían, y por eso eran valientes.

La fe en todos los tiempos y en todos los órdenes de ideas, ha hecho siempre héroes.

Y después se tiene también la fuerza que Dios envía á los que pelean por su causa.

Solo entonces se puede decir con completa verdad: «Somos más que vencedores en Aquel que nos ha amado.»

¿Qué grande es la fe!

En la ciencia se llama Colón y Galileo; en la religión se llama con miles y miles de nombres, todos inmortales.

Quitad la fe y quitareis el valor; se quedará el alma atónita y helada, como se detiene la máquina cuando el vapor le falta.

Los paganos caían de rodillas ante aquellos hombres, que bendecían á sus perseguidores y que oraban por sus verdugos.

Era aquel un milagro que no entendían, pero que les asombraba profundamente.

Era un milagro de la fe.

Adelante y siempre adelante.

En la palabra de Dios está escrito. Dichoso aquel á quien se injuria á causa del hombre de Cristo, porque el Espíritu de gloria que es el Espíritu de Dios, mora entonces en él.

¿Qué nos pueden importar todas las impertinencias y todas las murmuraciones humanas, si tenemos á Cristo en el corazón?

¡Oh! algún día alumbrará enteramente la tierra el sol de justicia y nuestro triunfo entonces será completo.

Las últimas nubes desaparecerán entonces.

A un lado estarán los que se burlaron de Cristo, y al otro sus confesores.

En aquel hermoso día, el Señor confesará delante de su Padre á aquellos que en la tierra no tuvieron vergüenza de él.

Tengamos fe y no tendremos vergüenza del Señor.

Tengamos fe y tendremos el valor de la fe.

Hoy han pasado aquellos tiempos terribles. Los Decios, los Dioclecianos y los Felipe II, han muerto para siempre.

La hoguera es una luz siniestra de la historia y nada más.

Han pasado las persecuciones; pero no han pasado aún los fanatismos y aún no han concluido los obstáculos.

Aún hace falta ser valientes con la fe y por la fe de Jesús. El temor no ha hecho nunca más que esclavos.

Se habla de nuestro cristianismo y las gentes se sostienen; no importa, adelante. Nosotros le tenemos, no por causa del mundo ni para el mundo, sino por Cristo y para Cristo.

¿Se nos llama ignorantes? ¿Qué nos importa si poseemos la sabiduría de las cosas divinas?

¿Se nos dice que somos espíritus estrechos y mezquinos? Tenemos el espíritu de Dios y él nos basta.

RESEÑA HISTÓRICA DE LAS MISIONES CRISTIANAS.

II.

El siglo II, aunque no cuenta con el celo ardiente ni con los grandes esfuerzos de Apóstoles inspirados de lo alto, no deja de registrar nombres muy ilustres en la lista de los misioneros de la cruz. Ofrecen una digna sucesión de obreros espirituales, los nombres de Andrónico, Crescens, Aristarco, Izofimo, Silvano y Márcos notables entre un número crecido de misioneros celosos. Todavía ardía brillante la llama santa que se había encendido en el altar del Gólgota; todavía no se había oscurecido aquella luz que lanzaba sus rayos sobre todas las costas del Mediterráneo. Las densas nubes de la herejía y de la apatía aún no se habían acumulado y apagado el amor y la devoción.

Existían indicios de lo que más tarde se desar-

rolló y sofocó toda vida y energía. ¡Justa experiencia! El contacto del pobre hombre, siempre desfigura lo divino y lo bello.

En este siglo, como era natural, la causa cristiana tomaba más proporciones á la par que se consolidaba en los puntos principales y en los que por más tiempo habian gozado de su bendición. También se dió principio á la gran empresa de traducir las escrituras en los idiomas vulgares y nacionales. ¡Que grandes resultados han procedido de poner las Escrituras al alcance de las masas! Muy difícil ha sido siempre desterrar el cristianismo de los países que han tenido la palabra divina en su propio idioma. Como era de esperar, la primera traducción que se llevó á cabo fué la latina, para la numerosa raza que poblaba la bella Italia y la imperial Roma. También se hicieron traducciones en los idiomas de Siria, de Etiopía y de Egipto, y estas todavía existen para demostrarnos la fidelidad del original. Pero no cabe duda, que además de estas conocidas hasta nuestros días, se harían otras más ó ménos extensas, en donde quiera que hubiera fieles creyentes. ¿Quién duda sería la primera necesidad de los que se habian enterado hasta cierto punto de las doctrinas Evangélicas, tener á lo ménos una parte del libro que nos hace sábios para la salvación? Admiráranos el entusiasmo que debió animar los corazones de los creyentes de aquellos días, para emprender tan penosa tarea, mayormente cuando pensamos que ellos carecían de la prensa y que letra por letra debía de ser trazada por la misma mano del que quería el libro.

Se cree que en este siglo se introdujo el Evangelio por primera vez en Francia. La tradición nos dice, que el ilustre padre y mártir Polycarpo, comisionó á Ireneo y Pothino, para que fuesen á Galia como se llamaba entonces. Estos se fijaron en la ciudad de Lyons y trabajaron en toda la provincia alrededor. Desde Lyons la luz se difundiría á muchas partes del territorio franco, y en el siglo siguiente se hallaron bastantes pruebas de que así fué.

También se emprendió otra misión á la India, y el nombre de Panteno se distingue en ella. Había sido un filósofo de Alejandría, y al abrazar el cristianismo llevó consigo muchas de las ideas erróneas de la falsa filosofía. Sin embargo, obedeció al llamamiento de Demetrio, Obispo de Alejandría, y se fué con unos embajadores de la India que habian venido para solicitar un maestro del Evangelio. No nos debe ser dudoso que á pesar de todos sus errores su fé y amor á Cristo, debieron ser grandes cuando abandonó la culta Alejandría para trabajar entre paganos y salvajes.

En el SIGLO III, no faltaron tampoco hombres ilustres por su fé y su celo que llevarán las buenas nuevas á todas partes; pero no tenemos detalles dignos de confianza como los de la obra del primer siglo; no obstante, no carecemos por completo de hechos interesantes en la historia de la marcha de la buena y sana doctrina del Salvador.

Se dice que el gran Orígenes, trabajó con tan buen éxito, que toda una tribu de árabes, recibió la fé de Cristo; pero, segun observa un autor, algo de este feliz éxito pudo haber sido resultado del favor con que le miró el príncipe de dicha tribu.

Dionisio, con seis compañeros, vino á Francia á propuesta de Fabio, Obispo de Roma, y como resultado de sus trabajos, muchos puntos de importancia en aquel país, recibieron la luz del Evangelio.

En este siglo el Evangelio se llevó por primera vez al suelo alemán y se hizo una gran obra en aquellas partes que confinaban con Francia. Se nombra á Colonia y á Treves, como centros de luz en estos primeros días del Evangelio en Alemania; suerte extraña, que estos mismos puntos hayan venido á ser centros del oscurantismo y del fanatismo más pronunciado.

Es cosa que apenas admite duda que en este tercer siglo la Gran Bretaña debió haber recibido el Evangelio, puesto que en el siguiente hallamos que tomó una parte muy principal en la propaga-

ción de las buenas nuevas. Aun se alega que este país fué una de las escenas de los trabajos apostólicos; pero aunque posible, no es creencia bien fundada.

EL SIGLO IV no dejó de llevar adelante la bandera de la Cruz. Por una parte, esto se efectuó de la manera debida; pero antes de haber pasado la mitad del siglo, sufrieron un gran cambio las fortunas del Cristianismo. Esto no era debido á otra cosa que á la conversión del emperador de Roma á la fé de Cristo. Constantino habia conocido el Evangelio, y en ese grande aunque equivocado celo, determinó que desde entonces la religion cristiana fuera la religion de la corte y del Estado. Considerado á la luz de la historia ¡cuán funesto fué para la Iglesia este cambio! De aquí data la disminucion de la pureza y del entusiasmo, como lo veremos en la historia de los siglos siguientes. A pesar de todo, siempre hemos de recordar con placer en favor de Constantino, que proveyó á todas las iglesias del imperio de traducciones cuidadosamente hechas de las Santas Escrituras: todavía existen fragmentos de algunas, escritas en lengua gótica por los prisioneros de esta raza.

El gran padre de Constantinopla, Juan Crisóstomo, prestó mucha ayuda á la propagación del Evangelio en este período, tanto con su pluma y capital como con su influencia y ejemplo.

También trabajaba Gregorio en Armenia, y tanto en Persia como en Francia se notaba gran extensión en la obra evangélica.

Dice un autor tratando del particular:

«Estos primitivos siglos de la historia de la Iglesia mostraron y desarrollaron un celo, una sabiduría y una energía casi fabulosas. Las bendiciones que coronaban los esfuerzos se hallaron en un gran número de puntos. No es necesario detenernos en repetir los testimonios bien conocidos al efecto. Basta decir—y los nombres que citamos ofrecen un testimonio muy vario y muy acorde á la vez—que Justino mártir, Ireneo, Tertuliano y Crisóstomo, entre los padres cristianos, y el mismo Tácito y Plinio, el menor, entre los escritores paganos, nos hablan de la fuerza numérica y de la gran extensión geográfica de la Iglesia de Cristo, de la consecuencia singular de sus ministros y miembros, y de las crueldades que se ejercieron sobre ellos, y de su paciencia y piedad, de su celo y energía, aun en medio de los sufrimientos más espantosos.

(Se continuará.)

LA NEGRA DE ZANCIBAR.

Sentada sobre la arena
Allá en África, en Zancibar,
Miraba al mar una negra
Y tristemente decía:

«Los palos de la nave
Ya se descubren;
Al acercarse ella
Hasta el mar ruje;
Es la tormenta
Que Europa nos envía,
¡Ay, de esta tierra!

Para venderlos tiene,
Ya preparados,
El sultan de Zancibar
Muchos esclavos.
¡Hurra, pirata!
Aunque algunos lo nieguen,
Todavía hay trata.

Estas hermosas playas
Las dejaremos,
Padre, madre y hermanos,
Hacienda y deudos;
Y luego en Cuba,
Trabajaremos siempre;
¡Eso es fortuna!

Nos tratarán los comitres
A latigazos;
Cuando llegue la zafra,
No habrá descanso;
¡Ay! ¡no le hay nunca!
El esclavo no es hombre,
¡Que calle y sufra!

Hinche el viento la lona,
Llegue el pirata,
Si en Cuba no hay esclavos
Aquí no faltan;
Cargue el negrero,
Los hombres aquí sobran,
¿Qué vale un negro?»

Metióse la pobre negra
Tierra adentro, muy deprimida,
Que la nave ya abordaba,
A aquella tierra maldita;
Y es fama que aquel pirata
Hizo una carga lucida,
Que aún hoy se venden esclavos
En las tierras de Zancibar.

A. SANCHEZ DEL REAL.

EL BUEN PASTOR.

No hay en los Evangelios parábola que iguale en dulzura á la del buen Pastor, que abandona las noventa y nueve ovejas y corre en pos de la descarriada para llevarla amorosamente al redil. ¡Cuántas almas ha consolado! ¡A cuántas ha fortificado en la fé! ¡A cuántas ha dado fuerzas para seguir adelante por el camino muchas veces penoso y siempre difícil de la vida! ¡Bendito seas, Cristo divino, por habernos dejado tan consoladora doctrina, por habernos enseñado que hay perdón y misericordia cerca de tu Padre celestial para todos aquellos que se dejan salvar por tí!

Jesús es el buen Pastor que busca á su oveja descarriada y da por ella su vida. Antes de ser Pastor y para poder serlo se ha hecho oveja, y como oveja que enmudece delante de sus trasquiladores, él no ha despegado sus labios delante de sus enemigos. Por medio de su sacrificio voluntario y misericordioso ha obtenido perdón y vida eterna para todo pecador que cree en él.

¿Qué extraño tiene que las ovejas conozcan su voz y le sigan? Una relación viva y celestial se establece entre el Buen Pastor y sus ovejas, entre el Redentor y sus rescatados. Jesús es para los suyos un amigo siempre presente, que á todas partes los sigue, más aún, que habita en sus corazones, y cuya voz dulce y santa distinguen en medio de los ruidos del mundo y las distracciones del siglo.

¡Oh, buen Pastor, que sea yo una de esas ovejas descarriadas que se dejan encontrar por tí! ¡Que sea yo uno de esos pecadores que conocen su miseria y consienten en ser rescatados por tu sacrificio de amor! ¡Que en todas mis tribulaciones, que en todas mis angustias, oiga tu voz misericordiosa que alienta y consuela, y cuando llegue la hora en que tenga que pasar por el valle de la sombra de la muerte, que tu vara y tu cayado me infundan aliento hasta que penetre en la ciudad celestial, cuyas puertas se me abrirán por tu gracia y únicamente por tu gracia!

EL DOCTOR ESTEBAN LUSHINGTON.

Con vivo sentimiento hemos tenido noticia de la muerte del doctor Lushington, distinguido jurista inglés, ilustre por sus virtudes, y compañero que fué de Wilberforce, Buxton, Romilly Macaulay y otros hombres ilustres de la pasada generación que consagraron sus grandes dotes á cuanto pudiera mejorar las condiciones de la humanidad, y muy especialmente á la grande causa, considerada entonces como una quimera, de la abolición de la esclavitud.

El doctor Lushington ha vivido 91 años. Fué abogado de profesion; pero en el año 1807 entró en el Parlamento inglés, versando su primer discurso como diputado, sobre la abolición de la esclavitud. En esta ocasion fué cuando dijo, con aquella elevación de sentimientos que le caracterizó toda su vida: «me extraña sobre manera oír que se introduce en el argumento el cálculo, el interés, la cuestión de ganancia; ante la cuestión del deber todo debe callar, y por mi parte, jamás me detendré á pesar las utilidades del comercio contra la justicia y la humanidad.»

Semejante lenguaje, es cosa corriente en nuestros dias, pero cuando lo tuvo Lushington, causó extrañeza y se le consideró como revolucionario.

Esas palabras explican por otra parte su vida. Lushington fué el constante defensor de todas las reformas, que al fin consiguió ver introducidas en todas las esferas, administrativas, legislativas y sociales.

En 1841 se retiró del Parlamento por haber sido nombrado presidente del tribunal del almirantazgo y presidente del tribunal eclesiástico, cargos que desempeñó hasta 1867 con honra suya y para bien del país.

En 1873 ha muerto, mereciendo por unanimidad el título de bienhechor del hombre. Fué Lushington hombre de una rectitud inalterable, de un valor sereno que nunca se dejó amedrentar y de un cristianismo nada comun.

Creyó en Dios, y fué recto, firme y confiado como es consiguiente.

LA MUJER.

La mujer sábia edifica su casa; mas la nécia con sus manos la derriba.—(Proverbios, xiv, 1.º)

La mujer, ese ángel de la tierra que cubre con sus alas la existencia de toda una generación; que como la gallina dá calor á sus polluelos, dá calor á sus hijos, fortaleciendo sus tiernos miembros hasta convertirlos en hombres; que como los arroyuelos alimentan á los rios, alimenta con su sangre al hijo de su corazón: la mujer, que á pesar de sus hechizos, de sus atractivos, de su amor y de su ternura, sufre mucho más que todos los seres que la rodean; la mujer, que todo lo sufre, todo lo economiza y todo lo agota por el bienestar de sus hijos, y á estos se los arrebatara una para convertirlos en instrumentos de sus fines particulares; esa criatura, que por el solo delito de ser mujer se la considera indigna de disfrutar de todos los derechos que el hombre disfruta, sin embargo de que todo lo que él es, despues de Dios se lo debe á ella, ha de ser una de las fuerzas principales para que desaparezca la gangrena que corroa el corazón de la sociedad. ¿De qué modo? Vamos á verlo.

Redimida por el sacrificio de la cruz, es esclava por el sacerdocio. Santificada por el cristianismo, es corrompida por el papismo. Este, al ordenar el celibato forzoso, ordenó la prostitucion de la mujer. Miles de sacerdotes tuvieron de renunciar al glorioso título de esposos, obligados por una orden anti-cristiana, que convirtió á la esposa en concubina de su esposo y en esclava del capricho de un hombre sin conciencia.

El que ha recibido el solícito cuidado de una esposa cariñosa, podrá apreciar mejor que el que estas líneas suscribe, lo que pasaria por el corazón de aquellos esposos amantes al verse destituidos del más sagrado y legítimo de sus derechos. ¡Cuántas esposas muriéndose de vergüenza al considerarse al nivel de una mujerzuela pública! ¡Cuántos esposos rugiendo de coraje al verse obligados á pasar por tan vergonzosa humillación! ¡Cuántos hijos maldiciendo la hora en que nacieron, al considerar la deshonra de los autores de sus dias y la suya propia!

¡Ah, Roma impúdica, cuántas cadenas has forjado! ¡Cuántas maldiciones penden sobre tu cabeza!

El apóstol Pablo, ordena á las jóvenes que se casen, crien hijos, gobiernen su casa; que ninguna ocasion den al adversario para maldecir. (1.ª Timoteo, v, 14.)

Roma les quita la libertad de ser casadas y la convierte en esclavas de sus caprichos. La mujer ha sido en todos tiempos la esclava del más fuerte. Por ser más débil que el hombre, éste la esclaviza. La Edad Antigua, la Edad Media y la Edad Moderna, se saborean con la amargura de su esclavitud. Hoy, á pesar de que el aura de la libertad embalsama la atmósfera universal, es vendida en pública almoneda en las Antillas españolas para vergüenza de la España católica, apostólica y romana.

Oye mujer: tu ignorancia y tu fanatismo te pierde y es causa de la perdición de tus hijos. ¿Oyes esa lengua de metal que te llama para que cumplas uno de los preceptos que te impone la Iglesia católica, apostólica y romana? Pues es movida por uno de los siervos de los señores sacerdotes, ignorantes y supersticiosos como tú, porque si así no fuera, ni tú acudirías al llamamiento de un idiota, ni el idiota te llamaria.

¿Ves ese templo á donde acudes á orar al Dios que Roma te enseña? Ese templo no es el templo de Dios, es el templo de la idolatría, el templo que te embrutece, el templo que te corrompe, el templo que embota tus sentidos, el templo que aprisiona tu conciencia. Si quieres ser grande, si quieres ser libre, si quieres ser digna, si quieres ser santa, acude al Dios del Gólgota, que es el Dios de paz y de amor; comunica á él tus pecados en vez de comunicarlos al sacerdote que es otro pecador como tú, segura de alcanzar de su infinita misericordia perdon para ellos.

Santificada por Cristo, quedas hecha templo de Dios viviente. (2.ª epístola de Pablo á los corintios, CAP. VI, vers. 16.) Es decir, no te debes apurar para ir á la Iglesia, supuesto que tu corazón purificado por la sangre de Jesús, es el templo que mora el Dios vivo.

El Sumo Pontífice (no me refiero á Pío IX el infalible, éste es un pecador falible como otro cualquiera; hablo de Cristo) no tenia sitio determinado para enseñar á amar á Dios. Un monte, un vallado, una barca, una cabaña solia escoger para evangelizar á las gentes. Jamás eligió un sitio de lujo para ejercer su sagrado ministerio.

Tú, mujer pecadora, unida en congregación fraternal con tus hermanos regenerados, puedes en tu propia casa rendir culto al Señor, demostrándole por medio de la oración las necesidades que siente tu alma.

Los fieles que á las iglesias romanas asisten, absorbidos como están en el oficio de la misa, no se fundan en el hermano que á su lado tiene fijos los ojos con el sacerdote que les habla y no entienden, no ven el tiempo que pierden miserablemente y los perjuicios que causan á sus intereses. Concluido el oficio y despues de tomar agua bendita, vuelven á sus casas con los mismos vicios, los mismos odios y la misma ceguera. Allí, como nada hay que aproveche para la salvación de tu alma, ningún beneficio puedes sacar.

Idolos para explotarte, luces para cegarte é incienso para enloquecerte; ahí tienes lo que Roma te ofrece: apártate de ella, acude á los pies de Jesús y te habrás librado de una atmósfera que te ahoga.

Mujer, el tiempo que pierdes en el confesonario y con tus rezos, empléalo en enseñar á tus hijos á amar á Dios en espíritu y en verdad. Enséñales que el cristianismo es una religion de santidad, de libertad y de fraternidad. Enséñales que en Cristo desaparecen todas las distinciones sociales. Enséñales en Cristo á combatir el error, venga de donde veniere. Enséñales que el Dios del Evangelio es un Dios de amor; que solo pide á sus criaturas le den sus corazones, sin obras propias, sin sacrificios y otras fruslerías que impone la religion de Roma. Enséñales, en fin, á amar al prójimo con caridad fraternal, como nos enseña el apóstol Pablo. El dia que esto hagas, el dia que dejes de ser instrumento ciego del clérigo y te conviertas en sacerdotisa y maestra de tus hijos, aquel dia, la humanidad, agradecida á tus esfuerzos, levantará un monumento á tu memoria.

LA VIDA ETERNA.

SEGUNDO DISCURSO.

El materialismo.

SEÑORES:

En nuestra primera sesion, propusimos la cuestión siguiente: ¿Qué puede el hombre esperar más allá de la vida presente? Y hé aquí, que al paso nos encontramos con una respuesta muy breve, producto del materialismo: nada. Pasemos á examinarla, fijémonos sobre las consideraciones generales de la vida de la naturaleza.

En cuanto está sujeto á la experiencia humana, no se vé nacer ni aniquilarse ninguno de los elementos que componen el universo; en el terreno de nuestras observaciones, no hay ni creación ni destrucción de ninguna partícula material. Estas partículas, estos átomos, sea cualquiera el nombre que se les dé, presentan una serie de combinaciones diversas, de aglomeraciones que son y desaparecen al instante por dar lugar á otras nuevas combinaciones. El gas de que nos servimos para el alumbrado, produce por su combustión el agua, y esta á su vez, produce el gas en el inmenso laboratorio de la naturaleza. Sin embargo, ese movimiento de composición y descomposición, es más de admirar en los seres orgánicos dotados de vida y como nosotros.

Conoceis esa capa de tierra vegetal, que es como la epidermis de nuestro globo, y en la cual descansan su raíz las plantas, así como tambien de ella nos servimos para nuestra alimentación, hasta que pagando el tributo que todos debemos á la naturaleza, volvemos á la circulación universal esta materia que no ha sido concedida por algun tiempo: pues bien, dada esta capa de tierra vegetal, hasta los animales más perfectos, hasta el hombre, considerado corporalmente, nos presentan el fenómeno de un movimiento perpétuo y nunca interrumpido en todos los átomos de que se compone. La planta se alimenta de la tierra: esta planta es una legumbre que os sirve de alimento, ó bien es comida por un animal cualquiera, que condimentado luego, viene á ser vuestro manjar, trasformándose en la sustancia misma de vuestro cuerpo; luego la materia de nuestro globo, ó al ménos, su capa exterior, pasa continuamente de una forma á otra, y los mismos elementos que componen los seres vivientes hoy, son los de hace dos ó tres mil años.

Cuando se consideran estos hechos con un poco de atención, asaltan á nuestro espíritu muy extraños pensamientos. Si yo os dijese, por ejemplo, que la leña arrojada esta mañana en vuestra chimenea, contiene tal vez moléculas de las vigas del palacio de Salomón, ó que un hombre cualquiera lleva en su barba los mismos átomos del caballo de Aquiles, ¿no juzgaría indigna de vuestra cultura, tan ridícula suposición? Sin embargo, no haría mas que expresar bajo una forma extraña, el resultado incontestable de la ciencia: todo es sorprendente para nosotros desde que por la reflexión des-

truimos el poder de la costumbre que nos hace hallar fáciles los misterios que nos rodean. Un filósofo de la antigüedad, Empédocles, acaso tuviera una idea más o menos confusa de estas verdades, cuando echó de ver que en un convite comemos *bajo otra forma*, la carne de nuestros amigos y parientes, y hablando de sí propio dice: «Yo también fui un día hombre, mujer, arbusto, pájaro y pez.»

En esta circulación universal de los elementos de los cuerpos, descubre la observación leyes fijas y regulares, cuyos resultados son objetos de la mecánica, la física y la química, que tanto nos admirar por sus brillantes descubrimientos. Además, la tesis del materialismo, consiste en que fuera de la materia y de las leyes que la regulan no hay nada, y por consiguiente, la física, la química y la mecánica lo explican todo; lo mismo el resultado del pensamiento que la llama del fuego, lo mismo los sentimientos del corazón humano que el color y volumen de los objetos.

Tan antigua es esta doctrina, como su negación. Los pensadores, en todo tiempo, han trazado una línea divisoria entre los fenómenos de que se ocupa la física, y los que son propios de nuestra existencia, como objeto del estudio de los naturalistas. La mecánica, la química y la física no han logrado jamás explicarnos el universo. Una autoridad muy respetable, pues que Aristóteles la enseñaba a los griegos, afirma, que la ciencia limitada de esta manera, no basta para explicar un simple tallo de una planta, y que desaparece al querer analizar el gusanillo más insignificante. No podemos abordar todos los problemas filosóficos de la naturaleza, en su extensión más lata, y por eso vamos a concretarnos al estudio del hombre.

El materialismo nos ofrece dos distintas doctrinas con un mismo resultado pero que exigen una separación completa.

La primera de estas doctrinas, muy conocida en la antigüedad, muestra o enseña, que las almas están formadas de una materia especial; materia fina, delicada, sutil, que es precisamente lo que la distingue de los cuerpos ordinarios: es un aire dilatado, átomos luminosos. Estos versos de la Fontaine, expresan admirablemente la teoría del materialismo en la antigüedad.

Si arrojo al fuego la sutil materia

Que en llama, presto, la evapora el viento,

¿Cómo juzgar esta creencia seria,

De que es el alma, material, que siento?

¿Pero cuál es la consecuencia de esta doctrina? En el instante mismo de la disolución de los cuerpos, las almas que no son sino una parte más sutil, entran como todas las demás en la circulación universal. De aquí la idea de la circulación de las almas, trasmitiéndose de un individuo a otro, aunque sin recuerdos, sin conciencia, sin personalidad. Las personas mueren, desaparecen; pero las almas subsisten: una generación resucita en otras, esto es, la inmortalidad en la tierra; más allá de la vida presente, no hay nada.

La cuestión bajo este punto de vista, se ha abandonado hoy, siendo un triunfo de los más decisivos de la filosofía. Ordinariamente se la acusa de no progresar jamás, de agitarse en los mismos problemas que hace dos mil años eran objeto de su estudio, sin avanzar un solo paso; pero esta acusación, por lo que respecta a nuestra idea, es de todo punto injusta. No se encuentra en nuestros días un hombre instruido que sostenga seriamente el que las almas son una especie particular de cuerpo. El progreso analítico de la reflexión, ha mostrado cuán vano es sutillar la materia a un grado suficiente para trasformarla en espíritu; ¿por qué, pues, se habla de una materia sutil y dilatada? Porque no se atreven a decir que las almas tienen una forma piramidal o esférica, que son de este ó aquel color; no se atreven a apropiárselas cualidades intrínsecas de los demás cuerpos, porque sería empeño vano. Sutillad cuanto queráis, un cuerpo cualquiera: mientras exista, conservará todas las propiedades de la materia. No será perceptible a la vista; pero con un microscopio, se descubre su for-

ma y color. Reducido aún más en vuestra imaginación; siempre constará de partes, de intersticios, y según la expresión de Leibnitz, se podrá entrar en él como en un molino: ¿podríais acaso formar de este cuerpo un alma?

Estas evidentes consideraciones han obligado al materialismo a atrincherarse en mejores parapetos. Los fenómenos intelectuales y morales, juzgálos el resultado de nuestra organización como una manifestación, en circunstancias especiales, de toda propiedad inherente a la materia común. Vengamos a un ejemplo.

Cuando el Norte agita con sus fuerzas las tranquilas aguas de nuestro hermoso lago, el oleaje que levanta forma una espuma brillante: hé aquí un fenómeno determinado, la ola y las apariencias que presenta. Viene luego el buen tiempo; el agua recobra su nivel y se desliza blandamente por su cauce; ¿qué resta de aquellas olas? Nada más que la idea de que han existido. El agua, pues, permanece; la ola se ha disipado. Pues en las doctrinas del materialismo moderno, nuestro ser intelectual y moral tiene una existencia semejante a la de la ola que por un momento se forma en la superficie del lago. Solo existe la materia. En virtud de ciertas condiciones determinadas, produce el calor y la luz; en virtud de otras, combinadas con la planta, produce la vida; y por otras, en fin, que realiza el animal, y en un grado más superior, el hombre, produce el sentimiento, la voluntad y el pensamiento. Todos estos fenómenos no son más que el resultado temporal de la organización, más y más desarrolladas cada vez. Cuando esta organización se destruye por la muerte, ¿qué es lo que sucede? Los fenómenos espirituales desaparecen con la agregación de moléculas que los producían, y la materia de nuestro cuerpo entra en nuevas combinaciones que se revisten de otras propiedades. Tal es la doctrina que reclama nuestra atención.

(Se continuará).

LA ESCLAVITUD.

Con páginas de sangre, escrita está la historia,
Que guarda tus anales, mezquina humanidad;
¿Qué lucha tan horrible!... ¿Qué trágica victoria
Obtuvo sobre el débil tu fuerte voluntad.

Tus siglos de barbarie, de locos sacrificios,
Tus ídolos, tus dioses, tu impura condición;
Tu pompa, tu riqueza, tus crímenes, tus vicios,
Pasaron como pasa rugiendo el aquilón.

Necesitaba el mundo un algo sobrehumano,
Que le prestara aliento para poder vivir;
Se desquiciaba el orbe y el hombre era un tirano,
Que solo ambicionaba gozar y destruir.

El Ser omnipotente, al ver tanta amargura,
Al ver tanto infortunio, al fin tuvo piedad,
Y nos mandó en su Hijo el sol de la ventura,
Que había de dar al hombre la luz de la verdad.

La muerte ignominiosa del mártir de Judea,
Al hombre esclavizado por siempre emancipó;
Iguales fueron todos, iguales... ¡Santa idea!
Benéfico mandato: ¿por qué no se cumplió?

¿Por qué así se olvidaron las sacrosantas leyes
Destellos de justicia y sólida virtud?
La libertad nos disteis; ¡Oh, tú rey de los reyes!
Y existe todavía la triste esclavitud.

Aún vaga por la tierra, inmensa tribu errante,
Que solo porque tiene del ébano el color,
No tiene hogar ni patria, y vive jadeante,
Llevando en su mirada el sello del dolor.

Para ellos no hay familia, para ellos no hay herencia,

Esposos, padres, hijos, afectos, tierno afán;
De todo están privados, de todo en su existencia,
¡Abusos execrables! ¡Ay! ¿Cuándo acabarán?

Humanidad, despierta, despierta de tu sueño;
Levántate del polvo con noble exaltación;
Recuerda al fin que el hombre tan sólo tiene un dueño,
Aquel que nos ha dado la eterna salvación.

¡Oh, siglo diez y nueve! avanza en tu camino,
Y escribe en tu bandera, «justicia y libertad.»
¿El hombre ser esclavo?... no es ese su destino,
Pues solo se lo impuso tiránica impiedad.

Luchemos con denuedo, tengamos energía;
Mendigos sin amparo nos piden compasión...
Y son nuestros hermanos que mueren de agonía;
Tengamos sentimiento, tengamos corazón.

Honremos nuestro nombre; que el nombre de cristianos,
Impone a los mortales deberes que cumplir;
Fraternidad y cariño, que no sean ecos vanos,
Y demos al que gime grandioso porvenir.

Ya es tiempo que se cumplan las leyes celestiales,
Las máximas eternas de amor y de virtud;
La religión de Cristo a todos hizo iguales,
Y es un horror sangriento la triste esclavitud.

Los bienes usurpados volvamos a sus dueños;
Para desheredarlos no existe una razón.
Paguemos nuestra deuda y demos días risueños,
A seres que sin causa les dimos la expiación.

VIOLETA.

LOS VALDENSES.

(Continuación).

Próspera y feliz era la comarca ocupada en la Calabria por los valdenses. Trabajadores infatigables, buenos padres y esposos, pagaban mejor que otros vasallos sus rentas a sus señores, y se habían granjeado su aprecio. Lo único que incomodaba algo a los sacerdotes, era que no hacían estudiar a sus hijos para curas, ni metían monjas a sus hijas, ni compraban velas ni cirios, ni asistían a las procesiones. Sin embargo, como quiera que los valdenses les pagaban el diezmo, se callaban.

Por este tiempo tenían entre ellos al pastor Esteban Negrón; pero no satisfechos con tener uno, enviaron a uno de sus notables a obtener de Calvino otro pastor, el que efectivamente les remitió a Luis Pascal, que había concluido hacia poco sus estudios en Lausanna. Comenzó este sus predicaciones entre los valdenses, y como quiera que eran algo violentas, el clero comenzó a irritarse. El marqués de Spinola, principal señor de los valdenses, se alarmó también y prendió a Pascal por temor de que a él le tomaran por hereje.

Los valdenses, iniciada otra vez ya la persecución, hicieron lo que siempre, resistir pasivamente. El Papa confió al cardenal Alejandrino poderes para extirpar la herejía en el reino de Nápoles. En la aldea de San Sixto no valieron ni promesas ni amenazas de los clérigos; los habitantes prefirieron huir a escuchar los sermones de los frailes. En Guardia por de pronto, los valdenses cedieron a las instancias de sus señores, que les dijeron que los de San Sixto se habían hecho católicos; pero en cuanto supieron que era falso huyeron a los montes. Dos compañías de soldados salieron a perseguirlos, y los valdenses, viendo que no tenían otro recurso que luchar, se lanzaron contra ellos y los derrotaron. En vista de esto, el mismo Virey de Nápoles, a la cabeza de los tercios españoles, salió a perseguirlos. Hubo horrores sin cuento. Se los cazó con perros enseñados al objeto. Fueron presas más de mil seiscientas personas. Unos espiraron en el potro, otros estrangulados, otros azotados

con cadenas de hierro hasta la muerte. Sesenta mujeres fueron puestas en el tormento; unas espiraron en él, otras fueron quemadas. Ni siquiera los permitían huir. El Virey ordenó á todos los barqueros, pontoneros y viajeros, que á todo el que viajase le exigiesen una papeleta, de que todos debían ir provistos, en que el cura de su parroquia atestiguase que era un fiel y celoso católico.

El pastor Estéban Negrón murió en su prision despues de tormentos atroces, sin retractarse de su fé. Luis Pascal fué llevado á Roma, donde fué quemado en la plaza del castillo de San Angelo. En frente de la hoguera se formó un anfiteatro, donde se sentaron el Papa y los cardenales. Pascal tenía un hermano que le estuvo exhortando hasta el fin para que se tornara al catolicismo, pero él resistió hasta el último momento. En la plaza donde iba á morir, apareció cargado de cadenas. Iba tranquilo y sereno, y nadie al verle podía deducir que iba al suplicio. Aprovechando un momento de silencio, dijo al pueblo que si moria no era por haber cometido ningun crimen, sino por haberse atrevido á confesar con pureza y gran fuerza la religion de Jesucristo. Añadió que los que tienen al Papa por Dios y Vicario de Jesús en la tierra, se engañan mucho, visto que en todo y por todo él se muestra enemigo mortal de su doctrina, de su verdadero servicio y de la religion, y que sus actos lo denuncian como verdadero Ante-Cristo.

Dichas estas palabras, el verdugo se apoderó de él y espiró á los pocos momentos con alma fuerte, y confiando en aquel Jesucristo de que pocos instantes ántes hablaba.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

SAN BACO MÁRTIR.

(Conclusion).

Los escritores franceses mencionan á su San Dionisio bajo el nombre de apóstol de las Galias, y primer obispo de París, fijando su época hácia mediados del siglo III. Cuentan que en efecto fué decapitado por orden del gobernador Pescennius con San Rústico y San Eleuterio. Que, segun una piadosa tradicion, llevó Dionisio su cabeza en los brazos hasta el lugar en donde más tarde se edificó la abadía de su nombre. Que esta abadía, de la orden de San Benito, no era en un principio sino una pequeña capilla edificada en el mismo sitio donde habian sido sepultados los cuerpos de Dionisio, Eleuterio y Rústico por una cristiana señora llamada Cátula.

Esa piadosa tradicion, en que se fundan algunos biógrafos de Dionisio, se destruye fácilmente. Hilduino, abad de San Dionisio, que escribió en 814, fué el primero en suponer que Dionisio, despues de su martirio, llevó su cabeza entre sus manos; pero la opinion de Hilduino, que por otra parte comete la gran falta de llamar á este Dionisio *El Areopagita*, siendo otro el así llamado, está en contradiccion con los monumentos históricos, y era desconocida antes del siglo IX.

Otro biógrafo dice que no fué arrojado al rio, como quisieron los gentiles, á causa del prodigioso milagro de ir á buscar con su cabeza cortada debajo del brazo á la piadosa Cátula.

Ya ve el lector que no faltan datos históricos sobre el asunto; pero si los franceses no tienen más fundamento que la tradicion para apoyar lo dicho sobre la caminata de más de una legua (1) de su descabezado San Dionisio, ese fundamento no tiene valor ninguno, no sólo porque procede de la piadosa suposicion de Hilduino, sino por que todo el mundo sabe cuántas mentiras se nos vienen transmitiendo, no sólo por medio

de la tradicion, sino por toda la historia, hasta el punto de haber dicho Voltaire sobre la verdad histórica lo siguiente: «Sur mille quintaux pesant de relations et d'anciennes histoires, on ne trierait pas dix onces de verité» (*Defense de mon oncle*, chap. 2): «De mil quintales de narraciones y de historias antiguas, apenas se sacarian diez onzas de verdad.»

Si el lector ha leído con sorpresa que inmediatamente que cortaron á Dionisio la cabeza, el tronco la cogió, y guiado por una legion de ángeles marchó con ella al lugar de su sepultura, vamos á trasladar aquí tres sucesos más estupendos todavía de personajes descabezados.

Dos frailes, el P. Torres en su *Crónica de la santa provincia de Granada*, y el jesuita Vilches, refieren que en el Japon padeció martirio (13 de Febrero de 1633) junto con otros, fray Alonso Ruiz Navarro, franciscano, misionero, natural de Andújar, el cual, despues de degollado, estuvo su cabeza por espacio de 24 horas predicando, y que con milagro tan asombroso se convirtieron muchos gentiles.

Entre las innumerables mentiras y sandeces que contiene una obra moderna (1868) compuesta nada menos que de 30 volúmenes en folio menor, intitulada *Biografía eclesiástica completa*, al hablar de Santa Cecilia, se dice que la condenaron á perecer en un baño de agua muy caliente para que muriese sofocada, «pero que á pesar de las diligencias que hacían para avivar la voracidad del incendio, fué lo contrario, convirtiendo Dios, como en el horno de Babilonia, el ardor de las llamas en delicioso refrigerio. Informado el Juez de aquel prodigio, mandó que un verdugo la cortase la cabeza en el mismo baño. Descargó sobre ella tres golpes, y aún la dejó pendiente y viva, en cuyo estado se mantuvo tres dias exhortando á los fieles á que continuasen en la fé.»

Es decir, ¡que Dios permitió que el fuego no la quemase, y sí que el verdugo la cortase la cabeza!

Centellas, uno de nuestros escritores de vidas de santos, refiriendo lo sucedido á la cabeza del gran filósofo Boecio, dice así:

«A 19 de Agosto de 526, por mandado del rey godo Teudorico de Italia, fueron degollados San Simaco y su yerno el erudito Boecio, que escribió los prodigiosos libros de consolacion que andan con tanta veneracion. Baronio y Mariana, dicen, que acabada de cortar la cabeza de Boecio, la recibió con sus manos, y con ella se fué á la iglesia y recibió los Santos Sacramentos, de los cuales recibidos, entregó su espíritu al Criador.»

Un solo comentario no estará de más. Cortaron á Boecio la cabeza, y sin embargo, no quiso entregar el alma al Criador, conservándola, acaso debajo del brazo, hasta recibir los dichos Sacramentos. Si algun piadoso cenobita hubiera escrito que, luego que Dionisio y Boecio tomaron sus cabezas en las manos las besaron, no hubiera faltado vieja católica que lo creyese sin titubear, tomándolo por un nuevo prodigio; y aún sería capaz de creer en la gran sorpresa que debió experimentar Holofernes al despertar y hallarse sin cabeza.

A. MARTINEZ DEL ROMERO.

REMITIDOS.

Reseña mensual de la Iglesia Evangélica libre de Mahon, calle de Gracia, 73.

(Conclusion.)

El dia 24 á las nueve de la noche el armonium se dejaba oír en medio de un inmenso gentío, como pocas veces se ha visto; desde mi modesta tribuna presencié más de una vez cómo el Señor se manifestaba, los oyentes no dejaban perder ni una sola palabra, el silencio y la compostura formaban un cuadro encantador, y no me queda duda alguna que á más de uno de los que tan atentamente escuchaban, Dios los tenía embriagados en su infinito amor y cariño, y espero aún más que ese néctar divino les habrá producido gran bien. Al terminar el culto me vi precisado á suplicarles que nadie se moviera de sus puestos y que se dejara entrar al salón de los premios, primero á los niños con sus padres y luego á las niñas con los suyos. No explicaré la viva impresion que produjo por temor de abusar al ver que se abrían las puertas que desde cinco dias se hallaban cer-

radas. Sin embargo, espero que me será permitido hacer el bosquejo del modo que nuestros jóvenes presentaron el salón. Todos los cuatro lados estaban festoneados con guirnalda de papel verde y rosas amarillas y encarnadas y debajo de cada feston habia un cuadro de los carteles de flor, con un ramo de mirto y laurel entrelazados con rosas de papel; el textero estaba todo sembrado de estrellas doradas encima de un fondo blanco y color rosa, y estas dos grandes inscripciones con letras doradas: «Emmanuel, que declarado, es: Con nosotros Dios, y gloria en las alturas á Dios, y en la tierra paz con los hombres:» y un pequeño entarimado alfombrado para presentar á los agraciados, y al lado opuesto estaba el gran mapa de España y Portugal con dos festones á cada lado que encerraban las dos inscripciones Orden y Aplicacion. En el centro del salón, habia una mesa adornada con sencillez y gusto, de la cual salia un corpulento pino que llegaba hasta el techo con doce faroles á la veneciana que despedían sus vivos colores por entre las verdes ramas, y una infinidad de objetos que de él pendían, bajo del cual y sobre la mesa estaban todas las labores y demás objetos mencionados en el reparto de los premios; y por último, seis espejos con otras tantas luces daban un realce sorprendente á todos aquellos objetos que se reproducian en los cristales azogados. La sencillez de este salón, unida á la elegancia, con su techo azulado y adornado de blanco, ha sido calificada por algunos de Eden infantil, lo mismo que el árbol que aún lleva por todas partes el nombre del árbol de la Providencia.

Aquí fué, mis queridos hermanos, cuando en medio de una ovacion extraordinaria, todos los párvulos y niñas agraciadas recibieron sus premios, y á los que no habian podido adquirir ninguno, para conservarles el espíritu de union, se les dió uno de tantos objetos como el árbol les habia producido: mientras que otras cantaban con alegría: «La aplicacion en el niño, de todos gana el cariño. Si eres dócil y obediente, te amarán sinceramente. El que á sus padres respeta, tendrá una gloria completa. Obedece á tus mayores, y tú cojerás las flores. Ten siempre veneracion, al que te dá educacion. Las virtudes ennoblecen, y los vicios envilecen. Si al pobre socorro das, á Dios propicio tendrás.» Estos dísticos con distinta música, del eminente maestro mahonés, D. B. A., cantados por esas tiernas criaturitas, produjeron una viva impresion; y por último, cuando nadie lo esperaba, una multitud de pajarillos se desprendian del árbol, en busca de una mano atrevida que pudiera en él ver la buena nueva que le llevaba suspendida del cuello, impresa en papel de seda.

La tranquilidad que habia reinado se convirtió aquí en una pequeña algarabía, que se apagó poco á poco y á medida que la sala iba despejándose y las criaturas con sus padres se despedían, llenas de gozo y contento.

Los jóvenes Miguel Olives, José Varicaces, Pedro Olives y Francisco Badoza, se distinguieron en esta ocasion, y mayormente el joven Rafael Carreras, que fué el que tuvo el feliz pensamiento de soltar los pajaritos, con tantos otros pasajes de la Sagrada Escrituras. Los padres y demás concurrentes les atestiguaron más de una vez lo satisfechos que habian quedado de ellos, en términos que arrancaron exclamaciones del ayudante de la escuela, Miguel Olives, como nadie podía aguardar. ¡La luz se hace! á pesar de los grandes obstáculos que la privan. ¡No importa! como dijo el joven Olives.

Padres, mandad á vuestros hijos, que nosotros nos cuidaremos de ellos ahora que el tiempo nos es propicio: y para terminar tan grata reseña os diré que la mayor parte de los miembros de la Iglesia con sus familias se reunieron en una de mis modestas habitaciones, en donde tomamos todos una tacita de chocolate con algunas pastas. Luego se reunió en otra habitacion la comision encargada de visitar á los hermanos enfermos, y á otros que tenemos la costumbre de ir á ver... concluyendo por retirarse cada cual á su casa á disfrutar de las pocas horas que nos quedaban.

¡Gloria en las alturas!

El 25 por la mañana multitud de niños recorrian las calles, etc., y entre ellos se distinguian algunos de los que vienen á nuestras escuelas, que acompañados de sus padres ostentaban sus medallas y otros premios! ¡Cuántos coloquios y cuantos chistes podríamos citar!

(1) La ciudad de Saint-Denis, en donde se halla enterrado San Dionisio, está situada á cuatro kilómetros del rio Sena, adonde aquel fué arrojado, y toda esa distancia la anduvo sin tropezar ni vacilar; pero no es extraño, iba conducido nada menos que por una *Angelorum legio*. Mas sus compañeros Rústico y Eleuterio, iban en su compañía, degollados como él, para haber sido sepultados juntos por la piadosa madama Cátula?

¡Pobres gentes...! Ya están bien puestos si ellos aguardan á convencerse cuando el tiempo haya pasado. Otra leccion; y que aprenden... Por la noche, á las siete y media, la Sala de cultos ya estaba enteramente llena, en términos que apenas me fué posible cruzar para ir á ocupar la tribuna; y esto que era día de *grandes reuniones como lo son las de baile y teatro*. ¿Qué diremos? ¿Fué aquello un acto de curiosidad, ó de algo que no se explica? De curiosidad no puede ser, puesto que ya no es la primera vez que se ha dado la Santa Cena; aquello lo que fué, es; que algunos no sienten ni ven porque tienen los sentidos cerrados... y no ven porque tienen la vista cerrada...

«Espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos, y vivirán.» (Ezequiel xxxvii, 9.)

Por fin, en medio de la mayor satisfaccion, se dió la Santa Cena por la primera vez al jóven Pedro Olives; otro catecúmeno que debía tomarla, estuvo á última hora indispuerto y no le fué posible, pero 23 miembros tomaron parte en ella; cinco nos participaron que no les era posible á causa de no poder dejar sus familias que no se hallan muy buenas; de modo que por el 1.º de año se volverá á celebrar para todos aquellos que no pudieron asistir, y luego pasaremos al domicilio de los que se hallen imposibilitados, esperando siempre y confiando en que Dios coronará la obra que por nosotros solos no somos capaces de acabar.

A El, pues, mis queridos hermanos, con fé viva. Amen.

Mahon 30 de Diciembre de 1872.

Vuestro hermano en Cristo Jesús, el pastor

FRANCISCO TUDURY.

Señor Don A. C.

Muy señor mio: Tengo el gusto de darle cuenta de la obra de Calatrava, que es la de la Capilla de Jesús, en cuyo relato verá Vd. los progresos que ha hecho dicha obra, bajo la direccion divina, desde mi última Memoria.

Trabajando siempre con fé en Jesús, y con la esperanza de recibir bendicion de Dios nuestro buen Padre celestial, y la direccion del Espíritu Santo, orando con fervor y esperando con confianza y humildad, hemos visto aumentarse nuestra congregacion de un modo muy satisfactorio, pues ha aumentado en número, en fé y en virtudes, que es el verdadero desarrollo de la obra del Señor.

En el mes de Diciembre último, despues de una preparacion muy concurrida y de mucho fruto, tomaron ó se acercaron á la Santa Cena, 67 hombres y 98 mujeres, y todas con su atencion, con su fervor y con sus lágrimas, demostraban que comprendian la magestad del acto, que sabian á lo que iban y qué bienes podia producirles.

En cuanto á bautizos, hemos tenido cuatro, un casamiento y seis defunciones.

La Congregacion con su comité, cepillos, coleccion y escuelas, ha dado á la capilla en todo el año pasado 823 reales con 17 céntimos.

Gracias á la Congregacion y á los cristianos del extranjero, la Iglesia de Jesús, despues de haber pagado todos sus gastos, tambien ha pagado todas sus deudas, habiendo empezado el presente año sin deuda alguna, solo con los gastos regulares; ¡gloria sea dada y alabanza á solo Dios, que es el que predispone los corazones para que practiquen el bien, fruto de su fé en Jesucristo, nuestro único Redentor!

Termino esta Memoria implorando los auxilios de la Providencia para todas las Congregaciones de la Iglesia cristiana, y soy de Vd. su afectísimo amigo y hermano,

S. S. Q. B. S. M.

FRANCISCO DE PAULA RUET.

Madrid 20 de Enero de 1873.

BARCELONETA, 13 de Enero de 1873.

Señor Don A. C.

Mi querido amigo y hermano: El momentáneo disgusto que causó la poca acertada distribucion

de locales para celebrar las reuniones de oracion, no ha impedido que estas se hayan celebrado con la mayor armonía y en medio de una numerosa concurrencia.

A la iniciativa de mis amigos y hermanos se debe la reunion de oracion que el martes se celebró en mi sala, de las seis y media á las siete y media de su noche, asistiendo unas 50 personas, á las cuales se les suplicó, concluida que fué la reunion, bajasen á la que principiaban en aquel momento los bautistas. Así lo hicieron todos, viéndose en este acto que hay muchas personas que no se cansan de oír la palabra de Dios.

Todas las capillas no han podido contener á tantas personas como han ido á oír las súplicas que al Señor se elevan en estos días de gozo para los cristianos.

Dios conceda muchos años de oracion á la popular Barcelona.

Su afectísimo hermano en Jesucristo,

JOSÉ A. FORNÉR.

NOTICIAS VARIAS.

Suscrita por más de 650 firmas, los cristianos evangélicos de la iglesia de Zaragoza han elevado á las Córtes de la nacion española una sentida exposicion en favor de la abolicion de la esclavitud. Damos la enhorabuena á la iglesia de Zaragoza y á su digno pastor D. José Eximeno, por el interés que se toman en pró de una causa tan humanitaria, tan en armonía con el espíritu del Evangelio.

Con este motivo, recordamos á las iglesias evangélicas de España lo que ya les digimos en números anteriores: que eleven exposiciones á las Córtes y al Senado pidiendo la cesacion de la esclavitud.

El Radical de Cartagena dá cuenta á sus lectores de la manifestacion anti-esclavista que se celebró en aquella ciudad el domingo 19 del pasado. La concurrencia era numerosísima. La comitiva, precedida por una banda de música del regimiento de Galicia, que tocaba sin cesar himnos nacionales, recorrió varias de las principales calles de la poblacion. Mientras que la comision conferenciaba con el señor Alcalde, la multitud se fijaba, con el corazón lleno de entusiasmo, en una tierna inscripcion que se ostentaba en los balcones del pastor evangélico Sr. Orejon, y que decia: «¡Esclavo, Jesucristo te hizo libre!»

Desde los balcones de la casa de uno de los individuos de la presidencia, D. Tomás Font, usaron de la palabra los Sres. Sanz, Boumati, Orejon, Carreras y Prefumo.

Tambien en la reunion preparatoria á la manifestacion habló nuestro amigo el pastor Sr. Orejon y fué muy aplaudido. Reciba nuestra más cordial enhorabuena.

En nuestro próximo número publicaremos íntegro el discurso pronunciado el día 23 del pasado en el Teatro Nacional de la Opera por nuestro amigo el pastor D. Antonio Carrasco. Recogido por los taquígrafos del Senado, lo publicaremos tal y como fué pronunciado. Este discurso, con los de los señores Castro, Labra y Rodríguez, verá la luz pública á la mayor brevedad en un elegante tomo.

La última comunión celebrada en la iglesia evangélica de Zaragoza estuvo muy concurrida. Más de trescientas personas participaron de ella. Los pastores Sres. Jameson y Gimenez ayudaron al Sr. Eximeno en tan solemne acto.

Durante el año que acaba de trascurrir, el Comité de Madrid para la publicacion de folletos religiosos ha distribuido medio millon de ellos. Pedi-

mos la bendicion de Dios sobre esas publicaciones, para que por medio de ellas muchos vengán al conocimiento de Cristo.

Existen muchas partidas carlistas capitaneadas por sacerdotes romanos. Lo que las distingue de las otras partidas son los asesinatos que cometen en las personas de los alcaldes de los pueblos y de cuantos liberales tienen la desgracia de caer en sus manos. Y esos hombres invocan en sus criminales correrías al Dios que se hizo hombre para salvarnos, y murió perdonando á los mismos que le crucificaban.

¡Qué escarnio!

El 17 del mes pasado celebraron una conferencia los pastores de las diferentes iglesias de Madrid, Sres. Ruet, Moore, Gimenez, Fernandez, Jameson, Flidner y Carrasco. Tambien asistieron los pastores de Granada y Camuñas, Sres. Alhama y Astray, que se encontraban en Madrid.

El objeto de estas reuniones, que se verificarán una vez al mes, es el de estrechar más las relaciones que unen á los directores de las obras cristianas, y al mismo tiempo presentar trabajos y ocuparse de las necesidades de la obra en general.

En esta primera reunion, el pastor Sr. Carrasco presentó un trabajo sobre la relacion y diferencias que existen entre la gracia y la fé. Este trabajo fué discutido amistosamente, y despues de haber elegido otro tema para el presente mes, se separaron los referidos señores, muy complacidos y satisfechos de su primera reunion.

Hace algunos dias que el padre Jacinto habló en París en una capilla protestante. En su discurso expresó el deseo de que católicos y protestantes se amen en Jesucristo para hacer frente á los enemigos de la religion cristiana.

Si; puede que los católicos como el padre Jacinto se unan con los protestantes; pero los católicos, tal y como los quiere Roma, ¿pueden unirse con los cristianos evangélicos? Seria necesario antes que Cristo fuese para ellos el todo en el Cristianismo; pero desgraciadamente no es así. Cristo no ocupa, en realidad, para ellos el primer puesto, el puesto de honor que le corresponde.

Se dice que los viejos católicos de Ginebra han hecho un llamamiento al padre Jacinto para que sea su director espiritual, y que este ha aceptado.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE LA LUZ.

Sr. D. S. M. M., Alhaurin el Grande.—Recibido el importe de la suscripcion por un trimestre. Se envió el número desde el día 1.º de Enero.

Sr. D. M. C., Constantina.—Le tengo remitidos todos los números con exactitud. Se los volveré á remitir y tambien dos ejemplares del número 115.

Sr. D. F. C., Málaga.—No he recibido el importe de las dos suscripciones; esto no obstante mandaré el periódico durante un trimestre, esperando que renueve la suscripcion.

Sr. D. V. G. y G., Oviedo.—Queda Vd. suscrito por un trimestre.

Sra. D.ª A. D. y S.—Le remitiré el original que me pide.

Sr. D. L. E., Barcelona.—Tendré mucho gusto en recibir el artículo que me anuncia. He recibido para Vd. el donativo de que me habla.

Sr. D. D. T., Talavera de la Reina.—Queda usted suscrito por un trimestre.

Sr. D. T. M., Plasencia.—Recibido el importe de tres suscripciones por un trimestre y de tres sermones.

MADRID: 1873.

Imp. de J. M. Perez, Corredora Baja de San Pablo, núm. 27.